

Fiesta de la Transfiguración del Señor
Parroquia Nuestra Señora del Rosario
Conclusión Visita Pastoral.

“Este es mi hijo amado. Escúchenlo” dice la voz que salió de la nube en la escena de la Transfiguración. La voz del Padre invitando a los discípulos a escuchar la voz de Jesús. Una voz que llega a nosotros esperando una respuesta decidida y generosa. Todo un desafío para un cristiano que quiere ser coherente con el evangelio. El creyente está llamado a estar permanentemente atento a la voz del Maestro que resuena en lo más profundo de su corazón dentro de tantas voces que encuentran eco en su interioridad. Es la razón por la que el discípulo misionero está llamado a discernir muy a menudo aquello que Dios le va presentando.

La voz de Dios también resuena en su Iglesia. Una voz que debe ser también discernida para una mejor comprensión de la misión que le compete. La misión debe arrancar de la voz de Jesús. En ella se entiende y queda iluminada. Como sucede con los personajes de la escena. No es ni Moisés ni Elías los que tienen el rostro iluminado, es Jesús, cuyo rostro resplandece junto con sus vestiduras. Su luminosidad le da sentido a la ley y los profetas representadas por estos personajes prominentes del Antiguo Testamento. Así también, los que serán el fundamento del nuevo pueblo de Dios, son iluminados para comprender su misión. Al lado de Jesús, se hace cada vez más clara la misión del cristiano y de la Iglesia.

Concretamente, ¿cómo podemos dejarnos iluminar más por el brillo y la belleza de Jesús?

1. Jesús invita a su círculo más cercano a subir al monte, Pedro, Santiago y Juan. Son los mismos que más tarde lo acompañarán en los momentos previos a su pasión en Getsemaní. Suben a una montaña alta. No como aquella montaña donde el tentador llevó a Jesús para ofrecerle poder, dinero y prestigio. Sino una montaña donde los suyos descubrirán el camino de la pasión y la gloria, prefiguración de otro monte donde quedará incrustado a la tierra el signo del amor extremo de Dios por nosotros. Es en la montaña donde el Señor se encuentra con su Padre. Es en una montaña donde se replantea su ministerio luego de que, la muchedumbre saciada con la multiplicación de los panes lo quiere hacer rey. Los invita a entrar en la intimidad del Padre, a acercarse más a Él. Así como lo hace cada vez que celebramos la eucaristía, cada vez que adoramos a Jesús Sacramentado, cada vez que el Señor nos saca de nuestra zona de confort para servir a los hermanos, nos revela el infinito amor de su Padre. Subir con él, implica moverse más según la lógica del Reino, una lógica que privilegia lo pequeño más que lo grande, la lógica de la confianza más que del optimismo, la lógica de la humildad más que la lógica de la prepotencia, la lógica del servicio más que la lógica de buscar los primeros puestos.
2. Nosotros subimos al monte buscando y siguiendo a Jesús, confiando en su Palabra. Pero podemos sufrir la tentación de buscarnos más a nosotros mismos. Tal como Pedro, cuando al constatar la comodidad del Tabor, pretende hacer tres tiendas para quedarse allí y seguir gozando. Pedro, no

quiere dejarse transformar por Jesús. Más que buscarlo a Él, busca la satisfacción personal y también la de su comunidad. Para subir a la montaña siguiendo a Jesús, es necesario ir más ligeros de equipaje, no tan llenos de los propios intereses, menos pendientes de nosotros mismos e ir más pendientes de las señales que Cristo va colocando por el camino para no desorientarnos de la ruta establecida.

Cuando Pedro estaba hablando, pidiendo hacer tres tiendas, viene la voz de lo alto, entre luces y sombras, invitando a escuchar la voz de Jesús, solo a Él, a nadie más. Esta manifestación les produce pánico, caen rostro en tierra. Les da miedo escuchar sólo a Jesús y transitar por el camino de la cruz. Sin embargo, es el mismo Señor quien tocándolos, les dice “no tengan miedo”.

3. Probablemente el miedo sea lo que más paraliza a los cristianos. Hay miedo a correr riesgos, miedo a lo nuevo y muy a menudo preferimos aferrarnos al pasado como si el pasado nos asegurara automáticamente la fidelidad al Señor. Con todo, hay miedo también a asumir las tensiones y conflictos que pueden darse en la vida de la Iglesia. Asimismo, nos parece vertiginoso mostrarnos más frágiles y pequeños.
4. La luminosidad del Tabor se puede reflejar en la vida del cristiano y de la Iglesia. El desafío es que brillemos más por nuestro amor y entrega, nuestra solidaridad y cariño con los más pobres, nuestra coherencia con los valores del evangelio en el lugar donde desarrollamos nuestra vida. La Iglesia está llamada a brillar más por su disposición a correr la suerte del Maestro, más por su humildad que buscar privilegios, más por la verdad y la transparencia que por el cuidado de la imagen y el qué dirán. También

será un desafío contribuir para que nuestros hermanos brillen por su esperanza y consuelo, especialmente los más descartados y marginados de la sociedad.

Que la voz del maestro guíe nuestros pasos, así como el buen pastor conduce por buenos pastos a su rebaño. Que nos guíe en todo momento. Pero, sobre todo, nos guíe en los momentos de mayor necesidad, donde todo parezca cuesta arriba, donde la oscuridad de la incertidumbre no nos deje ver con tanta claridad la solución a las dificultades. Es allí donde la voz de Jesús, se vuelve soporte, frescos, caricia. Seguir confiando en que su amor sigue ahí, más allá del muro impenetrable del sufrimiento. Creer que sus manos siguen siendo capaces de acoger la propia vida, precisamente cuando esa vida está más herida por el abandono y por la muerte (Lc 23,46).

Señor, qué bien estamos aquí, dispuestos a renovar nuestra adhesión a tu proyecto, a que tu presencia permanente en la adoración eucarística se refleje en nuestra santidad de vida y fidelidad al mandamiento del amor. Somos tus hijos queridos, privilegiados de tenerte como nuestro Dios y Señor. A ti, el honor y la gloria....